

Así transcurrió un mes. Al cabo de este tiempo, el de Arévalo se acercó una tarde á Leonor en ocasion de hallarse esta bordando la misma banda verde en que la halló ocupada cuando llegó por primera vez al castillo.

—Querida Leonor, — le dijo cariñosamente, — vuestro abuelo debe haberos hablado de cierto designio en pro de vuestra futura felicidad. Ha llegado el momento de que pueda este designio llevarse á cabo. Hemos recibido las dispensas necesarias y, de acuerdo con Don Rodrigo, se ha fijado el domingo inmediato para celebrar la boda.

—Qué boda? — preguntó la jóven haciéndose la sorprendida.

—La nuestra.

—Dispensadme, duque, — dijo entonces la jóven con una firmeza increíble en sus cortos años — pero pensaba haber ya dicho á mi abuelo que seria inútil todo paso que se diera en este negocio sin consultarme.

—Cómo?

—Sí, vos podeis estar de acuerdo con el conde, pero yo en este asunto estoy en completo desacuerdo con él y con vos.

—Os negariais acaso á admitir mi mano?

—Pues es claro que me niego.

—Decís que os negais? — repitió el asombrado duque.

—Digo que me niego, — contestó la resuelta jóven.

El de Arévalo se quedó inmóvil.

—Me aborreceis acaso? — dijo al cabo de un instante de silencio.

—No por cierto. Os estimo como á un pariente, os aprecio como á un amigo, pero no os amo.

—Bah! el amor vendrá despues: ya me amareis cuando seais mi esposa.

—Nunca.

—No quereis decididamente otorgarme vuestra mano?

—Nó.

—Mujer inflexible, — murmuró entre dientes el duque, — yo domaré tus bríos!

—Deciais, caballero?

—Decia que... que nada tengo que añadir, señora.

Y hubo un largo espacio de silencio. El duque, visiblemente despechado se mordía los labios; la condesita seguía bordando con toda tranquilidad y calma. Quiso el de Arévalo variar bruscamente la conversacion y dirigiéndose á la jóven, exclamó:

—Bonita banda bordais! Espresivo es el lema que la habeis puestol

*Lealtad, amor y confianza!* Diríase que destinais esta banda á servir de gaje de amores.

—No, pero la destino á una persona á quien amo.

—Y quién es el rival? — exclamó con una risita sardónica el duque.

—Mi paje Sancho Sanchez.

El de Arévalo al oír estas palabras, al ver tanta firmeza y serenidad, se puso repentinamente en pié, crispados los puños, pálido el rostro, cárdenos los labios.

—Habeis hecho muy bien en decirme su nombre, señora. Oh! yo le buscaré!

Dijo esto el duque con tan salvaje espresion de odio en su rostro, con tal sentimiento de cólera en sus ojos, que Leonor no pudo menos de estremecerse. Sin embargo, la tranquilizó el pensamiento de que nadie, excepto ella quizá, sabia el retiro del paje.

En esto, ya el de Arévalo no pudiendo contener un movimiento de despecho, se habia levantado y retirádose á su cuarto.

Pocos momentos hacia que estaba allí, entregado á graves reflexiones, los codos apoyados en una mesa y hundida la cabeza entre las manos, cuando se le acercó un criado.

—Señor, — le dijo, — un médico judío, que dice llamarse Ben Jusef, ha estado ya dos veces á preguntar por vos y solicita hablaros con instancia.

—Qué tengo yo que ver con médicos ni con judíos! — contestó con mal humor el duque. — Dile que vuelva otra hora.

Salió el criado, pero no tardó en volver á presentarse.

—Señor!..

—Otra vez? — dijo el duque clavando una mirada furiosa en el criado.

—Señor — exclamó temblando el pobre servidor, — el judío insiste, dice que tiene que hablar con vos de asuntos de la mayor importancia, y nos ha dicho que no abandonaria la puerta hasta haberos hablado.

—Que entre pues ese hombre! — exclamó el duque con impaciencia.

El criado salió á cumplir la orden.

A poco entraba en la estancia con lento paso y humilde compostura el médico rabino Ben Jusef. Usaba el modesto traje que en aquella época vestian sus hermanos, y su nariz sostenia unas redondas antiparras á una distancia mas que regular de sus ojitos pardos y penetrantes.

El duque le abrazó todo entero con una mirada de desprecio, y volviendo la cabeza en seguida, como si aquel corto exámen le hubiese bastado, le preguntó rápidamente y con marcada indiferencia sin mirarle:

—Quién eres, á qué vienes y qué quieres?

—Después de besaros humildemente los piés, noble señor, —dijo el rabino con un acento en que se notaba cierta fugaz espresion de sarcasmo, —paso á contestar á vuestras tres preguntas. Quién soy?... vuestros criados deben habérselo dicho; soy Ben Jusef el médico. Á qué vengo?... á visitaros y á ofreceros mis servicios. Qué quiero? Nada, yo soy quién espera que vos me manifesteis lo que quereis de mí.

—Pues si es eso solo, yo no quiero nada de tí; no necesito tampoco tus servicios. Puedes marcharte por consiguiente.

—Salvo vuestro parecer, noble señor, creo que estais equivocado. Un hombre como yo puede seros muy útil en las actuales circunstancias.

El duque al oír esto volvió la cabeza y miró al judío cuyos ojos relucian tras las antiparras.

—Qué sentido encierran tus palabras? Qué quieres decir?

—Quiero decir, señor, que si, como me atrevo á esperar, conseguimos entendernos acabaremos por ser unos perfectos aliados.

—Aliados! —dijo el duque midiendo de piés á cabeza con la vista al rabino.

—Poco á poco —esclamó este. —No empezemos por ofendernos de las espresiones. Seria el modo de no concluir nunca. En tratándose de negocios, susceptibilidad á un lado.

—Negocios! —repitió el duque con nuevo asombro.

—Quereis que me explique claramente, señor duque?

—No deseo otra cosa.

—Estamos solos?

—Perfectamente solos.

—Nadie puede oírnos?

—Nadie. Y te advierto, buen rabino, que como soy de un natural poco paciente, es indispensable que abrevies y que me expliques esos misterios, si no quieres esponerte á salir del castillo saltando por encima de la muralla.

—Pues bien, convencido por la amable insinuacion que acabais de hacerme, paso al asunto. Vos señor duque, quereis casaros con la jóven condesa Leonor de Pimentel, y ella está decidida á no aceptar vuestra mano. La condesita tiene un carácter firme y resuelto; ha dicho que no seria vuestra esposa, y no lo será. Ahora bien, sabeis porque no quiere Leonor de Pimentel enlazar su suerte á la vuestra?

—Y quién eres tú, miserable rabino, —interrumpió el duque levantándose —para mezclarete en esos asuntos familiares?

—Señor duque, ya os he dicho que si la tomamos con este tono, no llegaremos á ningun buen resultado. Vos quereis casaros con la condesita; así conviene á vuestros intereses, pero ella se niega. Yo puedo hacer que acceda. Ahora, decidme si quereis que hablemos claramente ó no? En todo caso, señor duque, me marchó y no vuelvo mas á molestaros.

El de Arévalo se volvió á dejar caer en el sitial y le dijo:

—Habla.

—Como decia, pues, sabeis porque no quiere la condesita enlazar á la vuestra su suerte? Porque ama á otro y este otro es Sancho Sanchez, un jóven paje del castillo. Sabedor hace un mes de tales amores el anciano Don Rodrigo, y creyéndolos acaso un puro capricho infantil, despidió á Sancho, le desterró, le mandó que abandonara en el acto la mansion de los Pimentel...

—Ah! le desterró? —dijo el duque.

—Sí: pero el paje no se dió por desterrado.

—Cómo!

—Nó, porque está todavía en el castillo.

—Lo creeis así?

—Me consta, y no es solo esto; cada noche Leonor baja á la habitacion de su dueña y se asoma á la reja, al pié de la cual, galante y enamorado, la espera Sancho. Allí permanecen los dos en grata plática de amores hasta que las sombras empiezan á retroceder ante la proximidad del dia. Todo esto, señor duque, quiere decir.....

—Quiere decir?...

—Quiere decir que el dia menos pensado se hallará abierta la jaula y el pájaro habrá volado.

—Rabino!... Crees tú á una muger de noble cuna capaz de huir con un paje como la última de las villanas?

—Capaz de ello la creo, señor duque, y vos tambien lo creeis, puesto que os he visto palidecer á la idea de que pudiera la condesita dejar de ser vuestra esposa, cosa que afectaria notablemente vuestros proyectos, pues siendo rica Leonor y habiendo vos disipado vuestra fortuna, confiais en este enlace para hacer que vuestros acreedores os concedan un plazo.....

—Judío!

—Nada aventuro que no me conste, que no pueda probar, señor duque. En Italia, donde por largo tiempo habeis guerreado, hay mugeres encantadoras que se encargan de disipar en quince dias la fortuna mas espléndida, y en Castilla no faltan judíos, usureros si os place mejor llamarlos así, que no

vacilan en prestar buenas doblas á un caballero, sobre todo si ese caballero se llama el duque de Arévalo. Esto no obstante, los judíos, por muy complacientes que ser quieran, acaban al fin por cerrar su bolsa al caballero que ha perdido su crédito, y he aquí cabalmente lo que á vos os ha sucedido. Vuestra fama de mal pagador se ha esparcido ya demasiado, y para que se os conceda una tregua de respiro en el conflicto con que vuestros acreedores os amenazan, necesitáis un fiador. Este fiador puede ser una esposa rica y noble y de ahí vuestro empeño en desposaros con la heredera de los Pimentel. Decidme ahora que miento, si os atreveis; decidme que no es este vuestro plan...

Mientras esta última relacion de Ben Jusef; el duque le habia estado examinando atentamente, clavados en él sus ojos sin pestañear, sin perder uno de sus gestos, uno solo de sus movimientos. Apenas, pues, concluyó de hablar el judío, cuando el de Arévalo levantándose y poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo con una sonrisa irónica:

—No te diré si mientes ó nó, pero sí te diré que apuesto mi cabeza á que no eres tú un judío como intentas demostrar con tu traje y con tu nombre. Lo oyes? Apuesto mi cabeza!

El duque se creyó con esto haber anonadado á su interlocutor. Este le contestó con una calma y serenidad que el noble caballero no esperaba:

—Y apostarla podriais sin temor de perderla, porque, en efecto, no soy ningun judío. Gracias á Dios, soy tan buen cristiano como el primero.

Y diciendo esto, el llamado hasta entonces Ben Jusef se quitó sus antiparras y su peluca blanca, mostrando una frente en que, si bien no lucia todo el ardor de la juventud, brillaba la enérgica resolucion del hombre audaz y dispuesto á todo.

—No eres el rabino Ben Jusef?... Quién eres pues? —preguntó el duque.

—Os he quitado vuestra máscara; justo es que deponga yo la mia. Me llamo Martin, y fui un tiempo palafrenero mayor del conde de Benavente, pero arrojado ignominiosamente del castillo por causa del que hoy es el amante de la condesa, juré solemnemente vengarme un día y.....

—Y hoy vienes á cumplir tu juramento?

—Hermanando mi proyecto de venganza á vuestro deseo de enlace.

El duque permaneció un momento entregado á serias reflexiones.

Por fin, clavando sus ojos en el antiguo palafrenero como si quisiera sondear su alma, le dijo:

—A qué puedes comprometerte si acepto tu proposicion y me uno á tí?

—A poner en vuestras manos al paje Sancho, y, cuando en vuestro poder le tengais, á comunicaros el proyecto que tengo ideado para hacer que la altiva Leonor acceda á daros su mano de esposa.

—Y qué condiciones pones á esto ó que es lo que necesitas?

—Ninguna condicion pongo. Bástame para ello el satisfacer mi venganza y el serviros; pero necesito sí tres cosas.

—Cuales son?

—Que me presentéis á Don Rodrigo como un médico judío conocido vuestro, para de esta manera poder habitar en el castillo y llevar á seguro puerto mis planes.

—Y nada mas?

—Que me deis de término seis dias.

—Falta la tercera parte.

—Que pongais á mis órdenes un hombre de vuestra entera confianza, fiel, adicto, resuelto á todo; un hombre en quien pueda contar como en mí mismo.

El duque dió una palmada y un criado se presentó en la puerta.

—Que suba Bocanegra! —dijo el duque.

El criado partió. Acababa Martin de haberse nuevamente puesto su peluca y sus antiparras, cuando un tercer personaje apareció en el umbral de la puerta. Era un hombre de agigantada estatura, de fornidos miembros, de facciones duras y pronunciadas. Un vigote retorcido ocultaba su labio, sus ojos casi desaparecian bajo las espesas y pobladas cejas por entre las cuales lanzaban una mirada sombría. Era como un carcelero y como un verdugo.

El duque se lo indicó con un gesto á Martin.

—Que me place! —dijo este.

—Acércate, Bocanegra, —esclamó entonces el de Arévalo.

Bocanegra se adelantó, haciendo temblar el suelo con sus pisadas.

—El señor es un médico judío que se llama Ben Jusef, —dijo el duque designándole á Martin; —por seis dias él será tu amo, y le obedecerás en todo con la misma fidelidad y prontitud que obedece el hierro á la mano que le guia.

Bocanegra se inclinó.

—Ya lo sabes. Vete á esperar sus órdenes! —le dijo el duque.

Y Bocanegra, despues de haber saludado, volvió la espalda y se marchó sin desplegar los labios.

—Ahora, vamos á ver al conde. Pero estás seguro que no te conocerá?

—Segurísimo, —contestó Martín. —Este traje me haría desconocer á las miradas de mi propio padre.

—Entonces, vamos.

—Id delante, señor duque.

Y entrambos salieron de la estancia.

#### IV.

**DONDE SE PRUEBA QUE NO ES SANO DORMIR CON LAS VENTANAS ABIERTAS.**

SEGUN Martín se lo dijera al duque, el paje Sancho, en efecto, no había salido del castillo. Leonor y su dueña, que por cariño hacía la condesa no vaciló en terciar los puros amores de ambos jóvenes, le habían dado la llave de una torre inhabitada que se veía al extremo del parque. En esta torre pasaba Sancho encerrado todo el día, y allí iba la dueña á llevarle la comida y á darle en nombre de su señora, las citas que por lo comun tenían lugar cada noche.

Cuando ya las sombras estaban casi cansadas de envolver la tierra, cuando todo el castillo reposaba en el silencio mas profundo, el joven paje se envolvía en su capa, y, saliendo de la torre, atravesaba el parque y se acercaba á la reja desde la cual la enamorada Leonor le dirigía tiernas palabras con amante solicitud.

Una noche que había recibido la ordinaria cita por conducto de la bondadosa dueña, Sancho abandonó como de costumbre la torre, y se llegó á la reja, triste, pensativo, sombrío. Leonor le estaba ya esperando.

Qué es lo que tienes, mi buen Sancho? —esclamó la joven condesa así que hubo llegado el paje cerca de ella: —porque tu rostro está nublado?

Porqué tus bellos ojos no despiden como otras veces, al llegar, apasionados rayos de amor y de ternura? Mi dueña me ha dicho que esta tarde, cuando ha ido á verte, ha sorprendido una lágrima en tus mejillas. Qué es eso, Sancho?....

—Es que estoy triste, Leonor, y en vano me pregunto, y en vano trato de adivinar la causa. Diríase que un presentimiento me prensa el corazón y me ahoga. Somos bien infelices, Leonor. Entrambos sentimos nuestro pecho palpar descompasado estrellando sus latidos en las paredes que le guardan, y tenemos que decirle á nuestro pecho que ahogue sus emociones cual ahoga la mente el pensamiento. Como los criminales, solo podemos vernos de noche, y mientras tú pasas el día encerrada en tu solitaria habitacion, yo gimo entre los muros de la vieja torre, sepultado en ella como en una tumba. Si vieras cuanto envidio la suerte de lasavecillas que algunas veces se detienen en el antepecho de mi ventana. Ay! ellas son libres y cantan su libertad.

—Deseas pues ser libre, Sancho? Deseas acaso partir?

—Ay! nó, tu amor puro de ángel recompensa todos mis sufrimientos, paga con usura toda mi esclavitud, pero algunas veces pienso en mi madre que no sabe de su hijo, pienso en esa pobre anciana que allá en su choza llora y reza por su Sancho, pienso en fin que en lugar de permanecer tú tras de esa reja, yo sepultado en la torre que tiembla cuando sopla el huracan, podríamos, libres como el aire, recorrer los prados y las vegas, mirándome yo en el cristal de tus ojos, dejando tú caer la frente sobre mi corazón que palpitaría estremecido de amor á su contacto. Qué importa que abandonases un palacio, un séquito de servidores y una nube de guardias? En cambio, yo te daría bóvedas de follaje que balanceándose sobre nuestras cabezas nos inundarían con una lluvia de aromas, campos de flores que estenderían sus alfombras á tus plantas, horizontes inmensos que te formarían un rico dosel de azul bordado de estrellas, y pájaros y aves que entre la enramada cantarían nuestro amor y nuestra ventura.

—Sancho, Sancho, es un delicioso sueño que ya has tenido otras veces y del que te ha sido forzoso despertar. Yo no puedo abandonar al pobre anciano que, fijos los ojos en el reloj, cuenta los granos de arena que le faltan para bajar al sepulcro.

—Ay! es verdad! es verdad! —murmuró Sancho y descansó su abrasada frente en los helados hierros de la reja.

Hubo un instante de silencio entre los dos amantes.

El viento gemía melancólicamente entre el follaje, y de cuando en cuando